

Vértigo en la noche

Todos los años, desairado y mordedor, el *Tomave* pugna por entrar al salón de la benemérita *Unión Obrera*, mientras en su interior, una hirviendo fragancia a canela y limón, se aúna al vaho demoníaco de los brobajes otilicos destinados a transitar por los gznates bárbaros de sus clientes montaraces. Desde siempre, este peculiar bar, como ningún otro en la *Ciudad Única*, agrupa a personajes hipotéticamente incompatibles: trabajador y vagabundo, generoso y avaro, artista y prosalco, docto e ignorante, patimetre y desastrado, bravucón y apocado. En este caldero democrático, donde se soliviantan todo tipo de pasiones y delirios, cada quien, según su conducta, asciende o desciende por la resbaladiza escala de los valores humanos de conformidad a su naturaleza, educación, rango y grado de dependencia alcohólica.

Un ejemplo heterogéneo de lo observado en este bar, fue advertido por el Gato, por vez primera, una noche Juliana de 1979, en la que un demagogo, cual alquimista, perorando convertía a la ciencia política en léctido excremento; junto a él, en su doble condición de sicario y discípulo, se hallaba un pandillero muy versado en alevos cuchillazos y felonías. Ambos apuraron sus licores para marcharse en pos de dos cortesanas rollizas y pederas que, con voces enronquecidas, les requerían desde la puerta. Más allá, un erudito se empeñaba en explicarle a un zafio las diferencias entre *Fray Vicente Bernedo* y *Tarzán de los Monos*. En otro extremo del local, un trovero pulsaba una guitarra dionisiaca, mientras a su lado, un pintor y un poeta libando ejercían su derecho a la locura. Junto al mostrador, un proletario dipsómano, copa tras copa rozaba con sus labios temblorosos al delirium tremens y a la muerte. En este paraiso del desvarío, digno de un estudio sociopatológico, éstos y otros más eran los personajes variopintos que representaban la comedia élfica de aquel inolvidable y lejano día.

«There I was on a July morning, looking for love...» Era un invierno de 1978, en que *July Morning*, interpretada por *Uriah Hepp*, entibiaba con sus cadencias a un halajo de trasnochadores que pantagruélicamente brindaban con inflamantes canelazos en la legendaria *Unión Obrera*. Inesperadamente, Alfredo(1), un afortunado ferretero de vistosa melena afro y lengua pecaminosa, le refirió al *Gato*, y a los otros alegres nocheanlegos, una historia hábilmente entretejida que ha continuación me he propuesto garabatear.

Noche antes, a eso de las 21:30, el dizque propietario de una acreditada «clínica de calzados» en la plazuela *25 de Mayo*, un hedonista conocido popularmente por el sobrenombre de *Chafy* (2), había ingresado cariacontecido a la *Unión Obrera*, en razón a que media hora antes, el padre de su bien amada, le había obligado a escoger entre su consentida hija y la seductora botella. *Chafy*, mal asesorado por el dispado Baco, optó por la segunda, provocando que *Eros*, rascando sus gordillonas asenataderas, se le riera a carcajadas por pretender ignorar sus incendiarias saetas.

En el interior de la taberna, algún habitué camuflaba sus volutas de marihuana con las densas emanaciones de tabaco, mientras la hipocresía social fingía cubrirse su respingada nariz con sus torcidos y repugnantes dedos. En otra mesa, fuera de sí, un reputado juez zarandeaba de las solapas a un no menos reputado médico, merced a un pueril juego de dados. Afuera, en un recóndito lugar, un cura asido a una mujer infiel, con el ardor bestial de un fauno olvidaba sus votos de castidad. En tanto que, en un club exclusivo continuo a la *Plaza 10 de Noviembre*, un nuevo rico, escupiendo en su humilde cuna, engatusaba a otros descastados jactándose sobre un ilustre linaje que no poseía, al propio tiempo que un aristócrata empobrecido sonreía irónicamente. En el sempiterno Bulevar, algunos abstemios bebedores de agua, debido a la avanzada hora, recatada y prudentemente empezaban a retirarse a sus hogares por el laberinto de callejones de la, perennemente, libertina y mojigata ciudad.

Acomodándose en una mesa, *Chafy* solicitó al mozo una botella de singani *Cinta azul*, la misma que compartió generosamente con otros muchachos barullosos que también supieron retribuirle con equivalentes convites. Hora tras hora, y sorbo tras sorbo, intentó silenciar con abundante llanto de vidias su pena de amor, descubriendo que ésta era inmune al olvido y al licor. Una, cien y mil veces maldijo el instante en que la escogió a ella: la valerosa botella. En los contornos, expectantes, los espíritus tutelares del Ande manoseaban burlones los *quipus* de lo imprevisible.

Era la una de la madrugada, cuando *Chafy* salió bamboleante de la *Unión Obrera*, tan sólo le acompañaba el fiel y persistente sonido de su hipo. Inmediatamente, alquiló un taxi que se encontraba parqueado en la esquina conformada por la calle *Hayos* y el *Bulevar*. El automóvil era un *Ford negro* de la década del cuarenta que, chirriando y en suero, empezó a rodar calle abajo rumbo al domicilio de su balbuceante usuario.



De súbito, a la altura del *Cine Omiste*, unos cinco o seis malandrines, en son de diversión emprendieron a puntapiés contra el viejo *Ford* que pasaba junto a ellos. En respuesta a la arbitraria agresión, el conductor descendió iracundo para defender su vehículo; sin embargo, en su premura, omitió accionar los frenos y enganchar la caja de velocidades. Como es de suponer, sin choler, el descontrolado taxi enfiló raudamente por la pendiente llevando consigo a su alumbrado pasajero. El arrebato fue tan grande para *Chafy* que, en un abracadabra, se despidió de las telarañas del alcohol y, prendiéndose al volante, empezó a maniobrar el carro como un poseso; empero... desde el asiento trasero. En esas estaba, cuando repentinamente se acordó que no sabía conducir!

Cual gigantesco coche sin motor, el *Ford* atravesó como un bóido frente a la *Catedral*, al edificio de teléfonos, a la *Casa de Morada* y a otros inmuebles coloniales. Entretanto, *Chafy* disparatadamente aferrado al volante desde el asiento posterior, con las greñas en punta y con la buena ventura de los enomaníacos, evitó milagrosamente chocar con los edificios anteriormente nombrados. A tal grado llegó su angustia que, en su tentativa de frenar, insulsamente encendió y apagó repetidas veces los botones de la radio y de los limpiaparabrisas. Finalmente, no pudiendo controlar por más tiempo el Ingobernable automóvil, y luego de cruzar el recodo de la *Bustillo* y *Ayacucha*, se estrelló arrancando chispas contra un poste de señalización de tránsito que así prescribía: «Precaución, zona escolar, velocidad máxima 5 Kms. por hora». El impacto fue tan brutal, que el poste quedó cegado desde la base, como si lo hubiese cortado una guillotina.

Acto seguido, el pesado auto colisionó contra las puertas de metal que custodiaban la temblorosa Torre de la *Compañía de Jesús*, dejándolas completamente abiertas y desancajadas; a pesar de ello, la movilidad no se detuvo y rebotando fue a chocar estruendosamente contra el frontis del liceo Santa Rosa, dañando considerablemente uno de sus ventanales y logrando que, con la conmoción del edificio, se precipitara una parte de la cornisa sobre el endemoniado cacharro que, por fin, detuvo su alucinante carrera. Ante semejante desmadre, la despampante luna aymara vaciló en la incomparable bóveda azul, en tanto que las estrellas, entre sorprendidas y curiosas, hacían un paréntesis en su risueño titilar.

Después de un prolongado silencio, entre nubes de polvo, y más muerto que vivo, *Chafy* abrió una de las desventajadas portezuelas del taxi. Inexplicablemente, no había sufrido ni un sólo rasguño. En cambio el vetusto *Ford* se encontraba seriamente abollado y descuajaringado, puesto que tenía el capot levantado, el radiador roto, el parabrisas trozado, el volante partido, además de innumerables destrozos. Seguidamente, se

postró de hinojos y agradecido por encontrarse con vida murmuró una oración. En eso interín, irrumpió en el lugar de la calástrofe el errado y lúrico conductor del taxi, lo acompañaban tres despistados policías, quienes acusaron injustamente a *Chafy* de robar el vehículo y de haber perpetrado otros actos delictuosos emergentes del hecho. Por toda respuesta, el inculgado dejó caer dos gruesos lagrimones de impotencia y justa indignación.

A punto de finalizar, debo agregar que esta condimentada peripecia, narrada a un grupo de insomnes partidarios del dosatino por el epicúreo y lenguaraz *Alfredo*, aún causa controversia en la inclita *Villa Imperial*, porque hay quienes afirman que, en ese entonces, *Chafy* fue detenido e inmediatamente obligado a resarcir todos los daños y perjuicios derivados del embrollado suceso; en cambio otros aseguran que, asumiendo defensa legal, pudo demostrar su inocencia y consecuentemente salir exento de toda pena y culpa. Por último, ciertos destripacientes y hombres de poca fe, sostienen que esta historia jamás acaeció y que, el mismísimo *Chafy*, es una fábula de viejas y temulentos, ya que nunca existió.

(1) Alfredo Navia Ballester, primogénito del matrimonio Navia Ballester, familia propietaria de la forratería *Stanley*, ubicada en la época reseñada en la calle Cujjarro No. 32, entre Bolívar y Matos en la ciudad de Potosí.

(2) *Chafy*, seudónimo abreviado de chafallo y cáustico apodo de Hebert Velásquez Galván. Este personaje es el segundogénito del matrimonio Velásquez Galván, dueños y administradores en aquel tiempo de la reparadora de calzados *Frobana*, situada en la Plazuela *25 de Mayo* No. 125 en la Villa Imperial. Actualmente, trasladada a la capital de la república, la *Frobana* funciona en la calle Aniceto Arze No. 215 y es regentada exitosamente por *Chafy*.

* Chafallo, parche de cuero, tela o goma utilizado por los zapateros del occidente boliviano en la compostura de calzados a medio uso.

* Hebert Velásquez Galván (*Chafy*), años después, encontrándose con el *Gato* -el otro yo bohemio y contestatario del autor de este quehacer literario- corroboró la narración efectuada por Alfredo Navia Ballester aquella noche invernal de 1978, añadiendo otros sabrosos pormenores y, primordialmente, otorgando su ablativo anuencia para viabilizar las publicaciones correspondientes.

* *Vértigo en la noche*, además de una rememoración literaria datada, es una pesquiza sociopatológica verificada en uno de los bares más peculiares y representativos de Potosí, merced a su extraordinaria y heterogénea concurrencia social. Paralelamente, esta narración, es una indagación parcial del comportamiento social nocturno en el Potosí de esos días, la misma que transita raudamente por los ámbitos de la psicología social. Para ambos cometidos se utilizó como métodos de investigación la observación, la experimentación y otros.

* Este potosinísimo episodio, que pende en un cuadro amarillento en el salón principal de la benemérita *Unión Obrera* desde hace varios años atrás, fue trascrito del original de su referencia por un amigo dionisiaco y bienintencionado; empero, éste, al realizar su loable y dispreada leona incurrió en ciertas omisiones y equivocaciones que fueron enmendadas e implementadas para la presente edición.

* Otros trabajos literarios datados del mismo autor se encuentran en la Casa de la Moneda, el Cementerio General, el Comité Cívico Potosinista y el hotel Coloso Potosí en la *Ciudad Única*.

José Franz Medrano Solares (el Gato), es abogado, escritor literario y músico. Email: medrano_solares@yahoo.com